

Mester

Vicente Quirarte

Doctor en Letras Hispánicas. Director
del Instituto de Investigaciones
Bibliográficas, UNAM

LA CONSTRUCCIÓN DE LA CIUDAD: POÉTICA DE LA CRÓNICA

Los tres primeros lustros de mi vida transcurrieron en un edificio majestuosamente arruinado. Quiero imaginar que aún conserva, bajo la escalera principal, la fuente para que bebieran los caballos, argollas para sujetarlos y un frontón que coronaba al patio, el cual hacía exclamar a un historiador amigo de mi padre que teníamos un pequeño Partenón para nuestro uso personal. En el departamento altos 1 de la casa marcada con el número 48 de la calle de Allende di mis primeros pasos, y posteriormente aquellos que condujeron la pubertad y la adolescencia. Entre la Lagunilla y la zona del comercio mejor establecido, fui iniciado en el culto a la que Efraín Huerta llamó "la parte más verde y honda de la vieja ciudad". Desde el balcón de mi casa escuchaba a los muchachos de la ESIME gritar la consigna: "Por San Juan de Letrán, por San Juan de Letrán". Por esa misma calle vi, la tarde del 2 de octubre, los carros de asalto dirigirse rumbo a Tlatelolco. El mundo cupo durante algunos años entre pocas e intensas calles. Sus límites eran las cantinas La Esperanza y La antigua Roma, que ocupaban sus respectivas esquinas, la prohibida y tentadora Arena Coliseo, la Plaza Garibaldi.

Recuerdos que no pretenden ser memorias, relato que no aspira a ser novela, hechos individuales que no quieren ser historia, las palabras anteriores son hijas de la ciudad: una breve crónica de mis días de infancia. Suma de hechos personales, insertos en el pentagrama de un transcurrir más vasto, para hacer la relación de una ciudad y uno de sus habitantes. *Crónica menor de México*, subtítulo el poeta español Juan Rejano a su libro *La esfinge mestiza*. Crónica menor, para separarla del arte que denomina mayor, el de la Historia que suma, ilumina e interpreta. "Retrato de la Condesa con cachorro" titula Luis Miguel Aguilar a la reconstrucción que su memoria hace de la ciudad de su infancia. Si, como dice Carlos Monsiváis al recordar a Wallace Stevens, no vivimos la ciudad sino es ella quien nos vive, Luis Miguel Aguilar hace el retrato de sus escenarios y la manera en que determinaron su educación sentimental. José Emilio Pacheco

establece la geografía sentimental de toda una generación en *Las batallas en el desierto*, novela que nació clásica. Es el juego de la memoria que Eduardo Langagne inicia en los poemas de *Tabacalera*, para reconstruir su odisea niña en el barrio que rodea al Monumento a la Revolución.

¿Cronistas de la ciudad de México califica a quienes hablan de ella, a quienes son de ella, a quienes la han hecho suya? Cronista de la ciudad es tanto quien, extranjero llegado a sus esplendores y tinieblas la hace poco a poco suya, como el periodista de guardia que espera en el SEMEFO la llegada del cadáver anónimo cuya historia —que ha dejado de ser anónima— habrá de nutrir la crónica del día.

La crónica es hija de la calle. Mientras el tiempo rural se mide con base en el comportamiento de las estaciones y los ciclos del cielo y de la tierra, el tiempo urbano suma sus acontecimientos con la exigencia adicional de interpretarlos. Del mismo modo en que la ciudad tiene hitos materiales que la vuelven identificable, las fechas decisivas establecen la producción cualitativa y cuantitativa de la crónica. El Carlos Monsiváis de *Escenas de pudor y liviandad* no es el mismo de *Los rituales del caos*. La escritura, la visión de la realidad, el lenguaje de las crónicas de los libros respectivos son tan diferentes como distinto era al México de los setenta al del apocalipsis finisecular.

Para la Encyclopaedia Britannica la crónica es una "forma de escritura histórica que provee de una continua y detallada suma de hechos históricos arreglados de manera cronológica". José Joaquín Blanco aventura la siguiente definición: "...la crónica es un análisis narrativo de cosas que el lector conoce poco: una invitación a conocer, mientras que una historia pretendería un aparato más especializado". Blanco subraya el carácter temporal, la importancia que la cronología tiene para el registro de acontecimientos. Anteriormente, otros elementos literarios alimentaban a la crónica. Ahora es la crónica la que rebasa su inmediata definición e influye en otros géneros literarios. Del libro de poemas *Mester de hotelería* de Arturo Trejo Villafuerte puede

ra s

afirmarse que es la geografía erótica de los hoteles de la ciudad de México y el registro sentimental de una generación.

Tras la muerte de Ignacio Manuel Altamirano, dos de sus discípulos establecen los principales derroteros tomados por la crónica urbana. Ángel de Campo, mejor conocido por su seudónimo Micrós, hace la exploración y la microhistoria del barrio en su presente vivo y lo convierte en protagonista de su novela central, *La rumba*, mientras Luis González Obregón monta en su máquina del tiempo para reconstruir atmósferas, nombres y paisajes del *México viejo*. A partir del Modernismo, los acontecimientos exigen un ropaje más suntuoso que el lenguaje utilizado por el llamado –despectiva y anticastizadamente– *réporter*. El cronista, en cambio, que se autoreivindica príncipe de los traedores y descubridores de noticias, exige incluso un título nobiliario. Manuel Gutiérrez Nájera, el Duque Job, hace la gran crónica de fin del siglo xix valiéndose de un lenguaje flexible y lleno de matices. No escapó Gutiérrez Nájera de la tentación de ser el cronista palaciego de su tiempo. También escribió crónicas insulsas y superficiales acerca de las *soirées* y *garden parties* de la sociedad porfirista. A cambio de tal concesión, hizo la gran historia de las grisetas, los niños y los cirqueros. Su único libro publicado, *Cuentos color de humo*, puede considerarse un conjunto de crónicas, de cosas vistas por el escritor en sus caminatas de exploración.

En 1946 aparece *La nueva grandeza mexicana* de Salvador Novo, crónica que constituye un parteaguas del género que aspira a la construcción de la ciudad sobre la marcha. Fiel a la única mujer que amó en su vida, Novo continúa la exploración que había hecho en 1922 con su texto autobiográfico *El joven*: imágenes, nombres, marcas, constituyen el inventario de seres vivos e inanimados que integran el retrato colectivo de la ciudad. Dicho de otra manera, Salvador Novo rescata una poética de la crónica que tiene su origen en las enumeraciones a las que era tan afecto Guillermo Prieto. Como si el deber de la memoria –y por tanto de la crónica– fuera sumar las realidades que en ese momento integran la vida del cronista, Prieto elabora lo que puede llamarse una poética del baratillo. Novo es un digno continuador del papel del cronista que se convierte en el primer historiador de las mentalidades: al rescatar el presente de los objetos que en ese instante, de manera sincrónica forman parte de su existencia y

por lo tanto tienen vida propia, hace de la crónica la mejor herramienta para la historia de lo privado.

Al trabajo de las letras se une la preocupación plástica por hacer la gran crónica del transcurrir callejero: Alberto Beltrán en sus viñetas, Gabriel Vargas en la saga de *La Familia Burrón*, Pablo O'Higgins en la pintura, Héctor García y Nacho López en la fotografía hacen la crónica icónica de la ciudad de México.

La crónica de la noche urbana es el gran invento de siglo xx. Con la llegada de la luz eléctrica, la ciudad adquiere vida nueva. Así nos obliga a reflexionar Ignacio Trejo Fuentes en su libro *La fiesta y la muerte enmascarada. La noche en el Distrito Federal*. Aparecido en 1999, el libro de Ignacio demuestra que todos los fines de siglo se parecen. A fines del siglo xix, la escasa política y la mucha administración ahogaba las libertades públicas y propiciaba la orgía privada. El gigante egoísta permitía que los niños terribles de Anáhuac sembraran sus inocuas flores del mal en el jardín del gigante egoísta. En el fin del siglo xx, otro gigante de pies de barro llega a su fin. La ciudad y sus cronistas experimentan las aberraciones y milagros de una sociedad que quiere aprender de golpe la democracia, la convivencia, la fraternidad. Con su exploración de la noche mexicana, Ignacio Trejo se une a otros animales nocturnos, como el Sergio Rodríguez de *La noche oculta*, el Luis Moncada Ivar de *Perros noctívagos*, el Juan Manuel Barrientos de Gonzalo Celorio en *Y retiemble en sus centros la tierra*. Todos ellos autores de una ficción tan poderosa, tan realista, tan aterradora y esplendorosamente urbana que en conjunto arman la crónica de una ciudad redimida sólo por sus epifanías en medio del desastre.

En el inicio de un nuevo siglo, la crónica como voluntad que registra y da testimonio directo e inmediato del cotidiano desastre, influye en todas las aproximaciones escriturales a la ciudad. Llamamos Frankenstein a la creatura formada por seres o partes de seres de distinta procedencia. Como el monstruo mítico, la ciudad de México es un ser que ha perdido sus características naturales y humanas para exhibir sus aberraciones. Monstrua, la llama Eduardo Lizalde en la segunda parte de su poema *Tercera Tenochtitlan*, aparecido en la agonía del siglo xx. Para recuperarla en la memoria, en la lucha presente o en su incierto pero desafiante futuro, es preciso no olvidar que la misión de la crónica es guardar la memoria del desastre y el milagro de una ciudad que en sus escritores también tiene a sus constructores. ☼